LAS CONDICIONES DEL SURGIMIENTO DE LA FILOSOFIA

Todo estudio sistemático de la Historia de la Filosofía se inicia necesariamente con el de la filosofía griega. Y no existe ningún desacuerdo entre los historiadores de la filosofía respecto a que el primer filósofo conocido y re-conocido fue Tales de Mileto, de manera que ello hace indiscutible el que la filosofía, —defínasele como se le defina, concíbasele como se le conciba,— nació en Grecia en el siglo V, a.n.e.

La aparición de esta nueva forma que el hombre utiliza para aprehender la realidad no puede reputarse como gratuita, y aunque las hipótesis discrepen, es indudable que la filosofía como forma de actividad espiritual del griego de este tiempo, nace y se desarrolla en un contexto histórico social determinado, contexto que posee características que históricamente ninguna sociedad anterior había presentado. Sea la influencia de la economía dineraria, (véase G. Thomson) la influencia de la técnica, (véase B. Farrington) o del genio griego, lo que hizo posible el surgimientto de la ciencia y la filosofía, es importante conocer el marco histórico-social concreto en el que ésta aparece.

El trabajo que reproducimos enmarca el surgimiento de la filosofía, de la ciencia y de la cultura clásica en el contexto más-general de la edad de hierro. John D. Bernal escribe su obra buscando establecer el condicionamiento social de la ciencia y aunque este trabajo está orientado a indagar acerca del surgimiento de la ciencia en particular, es imposible separar con claridad en la obra de los primeros filósofos griegos, lo que es ciencia y lo que es filosofía.

Es más bien válido para el avance del conocimiento humano en general, el análisis de las condiciones concretas en las que la aprehensión y explicitación de la realidad rompe con las amarras de lo sobrenatural, lo místico y lo subjetivo y comienza a explicitar la realidad racionalmente y con objetividad.

Esa es pues la finalidad que nos hemos propuesto y que el trabajo de Bernal dilucidará al pasar revista y analizar las condiciones en las que surgieren la filosofía y la ciencia en Grecia.

Capítulo II

CONDICIONES DE NACIMIENTO DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO

IV LA EDAD DEL HIERRO: LA CULTURA CLASICA

El período a que se refiere este capítulo tiene una importancia crucial en la historia de la humanidad y, particularmente, en la historia de la ciencia. Desde mediados del segundo milenio antes de nuestra era, surgieron varias causas —técnicas, económicas y políticas— que acabaron por producir la transformación de la civilización limitada a unas cuantas cuencas fluviales, en una civilización que abarcó la mayor parte de las regiones cultivables de Asia, el norte de Africa y Europa. En dondequiera que se desarrolló, la civilización de la Edad del Hierro fue menos ordenada y pacífica que la anterior, pero, a la vez, fue más flexible y racional. La Edad del Hierro no aportó avances técnicos tan enormes como los que señalaron el inicio de la Edad del Bronce; pero los progresos obtenidos, basadas en un metal más económico y abundante, tuvieron una propagación mucho más amplia, no sólo desde el punto de vista geográfico, sino también entre las distintas clases sociales.

En este capítulo nos ocuparemos principalmente de la Edad del Hierro en la región del Mediterráneo, o sea, de la civilización clásica de griegos y romanos. Esto se debe, en parte, a que dicha civilización nos es mucho mejor conocida que la de las culturas contemporáneas de la India o de la China. Otra razón más convincente —y que se relaciona especialmente con el propósito de este libro— es la de que fue en la región donde nació la primera ciencia abstracta y racional, de la cual se deriva directamente la ciencia universal de nuestro tiempo. Las viejas civilizaciones de Egipto y Babilonia —y, probablemente, también la de la India— siguieron existiendo varios siglos después de que el desarrollo de sus culturas se hubo detenido, sobre todo porque no había con qué sustituirlas. Incluso cuando estos países fueron conquistados por los bárbaros, lo único que ocurrió fue que al cabo de algunos años volvieron a asumir su antiguo modo de vida —generalmente de manera un poco más pobre— bajo el gobierno de las dinastías bárbaras que se asimilaron a la antigua cultura.

4.1 ORIGENES DE LAS CULTURAS DE LA EDAD DEL HIERRO

Los bárbaros no pudieron formar por sí mismos Estados estables en sus propios territorios, porque éstos se encontraban cubiertos en su mayor parte de bosques o eran estepas áridas y los bárbaros carecían de medios para establecer en alguna forma una agricultura sedentaria. Fue en la segunda mitad del segundo milenio antes de nuestra era, gracias a una conjugación de factores materiales y sociales que apenas empezamos a comprender ahora, cuando se lograron esas condiciones. Una de ellas fue la penetración y la transformación de las sociedades bárbaras de clanes, bajo la influencia de las economías clasistas de las ciudades, con su exaltación de la propiedad privada, del caudillismo y de la producción de armas.

El impacto el descubrimiento del hierro

Estas tendencias fueron poderosamente auxiliadas, tal vez en forma decisiva, por el descubrimiento y el uso de un nuevo metal: el hierro. Cuándo y cómo se utilizó por primera vez el hierro, es algo que permanece aún en el misterio.

La amplia distribución del hierro y la facilidad de su tratamiento terminaron con el monopolio de la civilización por parte de los antiguos imperios fluviales de Egipto y Babilonia. Hubo otros dos factores que aceleraron el proceso: la aparición de los jinetes provenientes de las estepas, en donde habían podido domesticar a los caballos salvajes, mucho más resistentes y ágiles que los asnos. y las mejoras que se implantaron rápidamente en el manejo y la construcción de los navíos, como resultado lateral de la tecnología del hierro.

La metalurgia del hierro

El hierro tuvo una seria desventaja como metal en los primeros tiempos: no se le podía fundir por la carencia de un fuelle para soplar el horno; y, por lo tanto, el vaciado quedó reservado al bronce, salvo en la China, donde se consiguió fundir el hierro desde el siglo II a. n. e. El hierro no sustituyó entonces al bronce, simplemente le sirvió de complemento para propósitos comunes. En la Edad del Hierro se fundió y se trabajó más bronce que en la propia Edad del Bronce.

El buen acero era tan raro y preciado, que las espadas hechas de él eran consideradas mágicas, como el Excalibur de Arturo o el Gram de Sigfrido en tiempos más recientes. El acero templado era todavía más raro que el bronce y, si exceptuamos su empleo en la fabricación de armas, no desempeñó una función importante en la técnica hasta el siglo XVIII.

La introducción del hierro coincidió con un período de emigraciones de pueblos. Las tribus más o menos bárbaras del oriente de Europa o del Caspio empezaron a avanzar hacia la región oriental del Mediterráneo a partir del siglo XVII a. n. e. En Asia ocurrieron movimientos similares de hititas, escitas, persas y arios. La gran movilidad de los jinetes y de los pueblos navegantes, junto con su abundancia de armas nuevas, hizo difícil que los viejos imperios opusieran una resistencia militar eficaz. Es de sospechar que el fracaso militar fue un índice de la falta de apoyo popular de las civilizaciones más antiguas, ya que los pueblos simpatizaban más con los invasores que con sus propios gobernantes ineptos y rapaces. Además, los pueblos de la edad del hierro, una vez asentados, se mostraron capaces de establecer comunidades agrícolas o comerciales prósperas, en tierras que anteriormente eran improductivas. Esto trajo como consecuencia que se redujera la preeminencia política y económica de las primeras civilizaciones surgidas en los valles fluviales, hasta tal punto que dejaron de figurar entre los principales centros de desarrollo de la cultura humana; aunque muchas de sus conquistas culturales, materiales y espirituales fueron adoptadas e incluso se conservaron algunos de sus documentos escritos.

En realidad, el núcleo de avance efectivo se movió hacia la periferia de las antiguas civilizaciones, hacia las colonias bárbaras vecinas, que habían procurado invadir los viejos centros de la civilización, pero que acabaron desarrollando con amplitud esa cultura fuera de los lugares en que se habían originado. Los arios en la India, los persas, los griegos y, más tarde, los macedonios y los romanos se hicieron herederos de las antiguas civilizaciones de Egipto y Babilonia. La posición de la China fue excepcional; rodeada en su mayor parte por estepas, desiertos y montañas, hubo escasas posibilidades para que se desarrollaran Estados bárbaros más allá de sus fronteras. Lo bárbaros que llegaron repetidamente

hasta su territorio, fueron absorbidos siempre por la vieja cultura china. Y, por ello, esta cultura, que corresponde fundamentalmente a la edad del bronce, aunque ha sufrido cambios profundos por las técnicas de la edad del hierro, ha mantenido su continuidad hasta nuestros propios días.

El hacha y el arado

La destrucción y las guerras ocurridas al comienzo de la Edad del Hierro no dejaron de tener sus compensaciones. La sustitución de la vieja cultura por la nueva implicó ciertas pérdidas de continuidad, pero también sirvió para abandonar muchos desperdicios culturales que se habían acumulado y trajo consigo la posibilidad de erigir estructuras mucho más efectivas sobre los cimientos antiguos. Si bien los guerreros a caballo y las hordas de piratas pueden tomarse como símbolos del aspecto destructivo de este período, en cambio, los leñadores con sus hachas y los campesinos con sus arados con punta de hierro compensaron ampliamente la destrucción. Al principio, el metal fue utilizado principalmente para fabricar productos de lujo que adornaban la vida urbana y para armar a una pequeña élite de guerreros de alta alcurnia. El bronce siempre fue demasiado costoso para las gentes del pueblo, quienes tuvieron que seguirse conformando con el uso casi exclusivo de herramientas de piedra, cuya forma apenas si se había alterado desde la época neolítica. En cambio, el hierro —aunque fue originalmente, y durante muchos siglos, inferior al bronce— se encontraba distribuído con amplitud y pudo ser obtenido y trabajado con facilidad en muchos lugares, por parte de herreros rurales. La abundancia del hierro tuvo el efecto de descubrir nuevos continentes para la agricultura, fue posible derribar los bosques y drenar los pantanos, aprovechando esas tierras para el cultivo, Europa, que era literalmente un bosque cerrado, se convirtió en un nuevo "oeste dorado"; en el sentido de sus campos de trigo, ya que el oro se había agotado casi al finalizar la Edad del Bronce. El resultante aumento de población vino a alterar rápidamente el equilibrio de poder entre las secas tierras de labranza de los países occidentales y los viejos terrenos regados por los ríos del Oriente.

Navíos y comercio

Otra característica de la inquieta Edad del Hierro, que tuvo una importancia inestimable para el pensamiento humano y para la ciencia en particular, fue la utilización de las vías marítimas en la propagación de la cultura, de una manera mucho más rápida que la que había sido posible por medio de las rutas continentales. Y, lo que tuvo más importancia aún: el transporte por mar era mucho más económico que el terrestre. Con las grandes facilidades ofrecidas por las herramientas de hierro para la construcción de barcos, se pudieron construír navíos, mucho mejores, más grandes y en mayor número. En el Mediterráneo, los cretenses habían tomado la iniciativa en la construcción de barcos, desde la Edad del Bronce. El derrumbe de su imperio marítimo —primero por las embestidas de los micenios semi-griegos apoyados en sus bases terrestres y, luego, por las de los aqueos más bárbaros de los Balcanes y por las tribus del Asia Menor emparentadas con ellos— marcó el inicio de un largo período de piratería y saqueo de ciudades. El relato inmortal de las hazañas de Troya se refiere a una de estas expediciones. Como es natural, la piratería hizo difícil el comercio, pero también sirvió para hacerlo más lucrativo. Por último, los antiguos piratas, atraídos por el lucro o acobardados por las defensas costeras más efectivas, acabaron por dedicarse mejor al comercio, a las expediciones y a la colonización.

En la Edad del Hierro el comercio dejó de estar limitado a una docena de grandes ciudades, como Tebas y Babilonia, para extenderse cada vez más a los centenares de nuevas ciudades que los pueblos de los comienzos de esta edad, como los fenicios y los griegos, habían ido fundando a todo lo largo de las costas del Mediterráneo y del Mar Negro. Las ventajas de la cultura de la Edad del Hierro sólo pudieron ser aprovechadas plenamente en las regiones cercanas al mar. En los países situados tierra adentro, la Edad del Hierro abrió grandes posibilidades para el desarrollo de la agricultura y del arte militar, pero los países que no contaban con medios para mover grandes cantidades de productos a distancias considerables no pudieron progresar económicamente ni siquiera a un nivel comparable al de las civilizaciones de la Edad del Bronce que disponían de los ríos para sus transportes. Por lo tanto, no estuvieron en condiciones de producir algo radicalmente nuevo. Los asirios, pueblo típicamente establecido tierra adentro al comienzo de la Edad del Hierro, se distinguieron principalmente por su crueldad en la gue-

rra. Conservaron durante varios siglos la antigua cultura de Babilonia —incluyendo la continuación de las observaciones astronómicas, inestimables para la ciencia ulterior— pero fue muy poco lo que agregaron por su cuenta. Esta facilidad del transporte por barco fue lo que dio a la región mediterránea y luego a Europa entera, con su enorme desarrollo costero, una ventaja sobre Africa y Asia.

La China, con su red de ríos, canales y lagos, tuvo algunas de estas ventajas; pero, debido a que mantuvo gobiernos burocráticos del tipo de los de la Edad del Bronce apenas ligeramente modificado, incluso en los períodos de los Estados guerreros, no pudo realizar muchos de los progresos económicos y políticos que trajo consigo la Edad del Hierro.

4.2 LAS CIUDADES DE LA EDAD DEL HIERRO

La política

En sus primeras etapas, la Edad del Hierro implicó el retorno a unidades económicas más pequeñas. Las primeras ciudades de ésta rara vez tenían poblaciones mayores de unos cuantos millares de habitantes, en contraste con los centenares de millares de las ciudades de la Edad del Bronce. Hacia el siglo V a. n. e., con la extensión de la esclavitud, se hizo posible la existencia de ciudades mayores; Atenas tuvo una población máxima de 320,000 habitantes, de los cuales únicamente 172,000 eran ciudadanos, mientras que Roma llegó a tener cerca de un millón en el apogeo de su poder. Las ciudades se formaron primero mediante la aglomeración de varias aldeas. Sin embargo, no por ello se volvió a las condiciones neolíticas, sino que la población en su conjunto tuvo un nivel tan alto o más que el logrado en la Edad del Bronce. La ciudad de la Edad del Hierro heredó todo lo que podía utilizar de las artes de las ciudades de la Edad del Bronce, con excepción de la organización de las obras en gran escala. Las primeras ciudades de la Edad del Hierro, con sus territorios limitados, rara vez tuvieron algo más que fortificaciones, albergues y, algunas veces, acueductos. Sin embargo, el empleo del metal,además de mejorar enormemente la agricultura y la artesanía, hizo posible que las ciudades ya no fueran necesariamente autosuficientes: podían obtener artículos necesarios y de lujo a través del intercambio comercial. Esto fue

posible únicamente debido a que el mejoramiento de los métodos de producción permitió elaborar artículos destinados al mercado. En la Edad del Hierro se establece por primera vez la producción de mercancías de una manera regular y, en rigor, como una parte esencial de la actividad económica.[1] Otra característica económica y social de la Edad del Hierro fue el empleo de los esclavos, ya no sólo para servidumbre como antes, sino también como medios de producción para el mercado. La producción se concentró principalmente en la agricultura y la minería, aunque luego se extendió a la manufactura. Como lo veremos más adelante, la esclavitud fue creciendo en importancia hasta convertirse en la forma predominante de trabajo. Esto representó un factor fundamental para provocar la ruptura completa de la cultura, con la consiguiente transformación de los esclavos y de los hombres libres pobres en la clase común de los siervos.

Las ciudades de la Edad del Hierro se convirtieron, casi desde su formación, en centros bien situados para el desarrollo de la manufactura y el comercio, capaces de obtener en el exterior sus materias primas y hasta su fuerza de trabajo, los esclavos, a cambio de la venta de sus productos.

1 El profesor G. Thompson utiliza el criterio de la producción de mercancías, tomado de Engels , para definir la civilización y así, por implicación, negar el calificativo de "civilizadas", para las ciudades anteriores a la Edad del Hierro. Dando un paso más adelante, **Thompson** considera que esta definición "es superior a la tradicional, que es común entre los arqueólogos burgueses, de que la civilización es la 'cultura de las ciudades' ". Para él, la escritura y la división en clases son características generales de la civilización, en la misma medida en que lo es el desarrollo urbano. En mi opinión, como creo que resulta evidente en el contexto, cuando Engels estableció el contraste entre la civilización y la sociedad comunal de clanes, no intentó en modo alguno limitar la civilización a esta última que constituye, obviamente, la fase culminante de su desarrollo en la ciudad griega. No cabe duda de que la definición de la civilización como "cultura de las ciudades", es meramente descriptiva. El progreso de una ciudad solamente puede ser comprendido en función de las relaciones de producción y de la división fundamental del trabajo; y, según parece, la división en clases es desde luego inseparable de la existencia misma de la ciudad. La forma física de la ciudad y su conformación social se desenvuelven conjuntamente y, en mi opinión, el resultado entero merece el calificativo de civilización, que se aplica tanto a Ur como a Atenas, aunque en ambos casos represente dos etapas bastante distintas de su desarrollo.

En contraste con estas ventajas, las ciudades tuvieron que enfrentarse al peligro acrecentado de la guerra. La nueva cultura nació de la guerra, del saqueo de las ciudades en estado de permanente rivalidad. Después fue difícli superar ese hábito; la defensa representó un interés primordial, en virtud del cual las ciudades se construyeron de manera poco conveniente en las cumbres escarpadas, como la antigua ciudad alta o acrópolis de Atenas, o en islas, como Tiro; y, por lo mismo, todos los ciudadanos tuvieron que convertirse automáticamente en soldados. No obstante, las pequeñas ciudades de la Edad del Hierro fueron más simples y más libres que las antiguas ciudades de los valles fluviales. También ofrecían mayores perspectivas a sus ciudadanos, quienes se veían obligados a organizarse para proteger sus intereses, en vez de tener reservado como antes un lugar dentro de una rígida jerarquía. Dentro de estas condiciones, en las ciudades de la Edad del Hierro surgió la **política**, y el desarrollo de las luchas políticas entre las clases urbanas dio lugar a las sucesivas formas de la **oligarquía**, la **tiranía** y la **democrcia.**

El dinero y las deudas

Una de las grandes invenciones sociales producidas por la expansión y la inestabilidad interna de la civilización de la Edad del Hierro, fue la del **dinero** metálico, que surgió primero en forma de barras selladas en Lidia y luego, antes del siglo vn a. n. e., en forma de monedas. En los antiguos imperios se habían usado ya las barras selladas en Lidia y luego, antes del siglo VI a. n. e., en forma excepcional, ya que lo normal siguió siendo el trueque y el pago en especie. El dinero, que pronto se convirtió en la medida de todos los demás valores, hizo cambiar todas las relaciones sociales establecidas bajo el denominador común de las operaciones de compra-venta. El dinero, precisamente por su **caracter universal** y anónimo que otorga derechos sin acarrear obligaciones, permitió que el poder fuera concentrado en manos de los ricos. Y, al mismo tiempo, al hacer desaparecer la antigua distribución tribal de la posesión de la riqueza, dejó en completo desamparo a los pobres. Para éstos, la existencia del dinero trajo consecuencias negativas: los colocó en la situación de tener **deudas** crónicas. Es cierto que la opresión de los pobres es tan vieja como la civilización misma, pero hubo diferencias entre las formas que asumió en las civilizaciones más antiguas y las que adoptó en la Edad del Hierro. En el primer caso, la opresión fue gradual y no completa. Como las relaciones económicas habían surgido directamente de la sociedad tribal, la tradición fue siempre una barrera para los actos arbitrarios. El agricultor tenía muchas obligaciones, pero también poseía derechos. Si bien él pertenecía a la tierra, también ocurría que la tierra le pertenecía a él. Sus pagos los hacía en especie y las transacciones comerciales y las deudas estaban confinadas casi enteramente a los habitantes de las ciudades. En cambio, en la Edad del Hierro se produjo un salto brusco de la economía del clan a la economía dineraria. Las costumbres inmemoriales quedaron destruídas en el curso de unas cuantas generaciones y el poder del dinero pudo pasar por sobre todos los derechos.

Por otra parte, el agricultor tenía en la Edad del Hierro una independencia potencial mayor. Cuando la situación se le hacía intolerable, podía unirse a una partida de descontentos para formar una nueva colonia. Si el número de descontentos era bastante grande, podían rebelarse. Con el empleo común del hierro y el adiestramiento militar de todos los ciudadanos, estas rebelionees resultaban muchas veces victoriosas y el temor de ellas mantenía a raya a los oligarcas y a los tiranos.

Con todo, desde el principio de la Edad del Hierro, la opresión del poder del dinero y los triunfos repetidos, aunque inevitablemente transitorios, de los movimientos reformistas y de las rebeliones tendientes a paliar aquélla, constituyen el gran tema de fondo en la historia de las ciudades. Al finalizar la época clásica, bajo los imperios alejandrino y romano, el poder del dinero parecía haber triunfado de manera absoluta; pero, su mismo triunfo condujo a una situación de miseria y de desesperación tan generalizadas, que se derrumbó el sistema entero y, en su lugar, se estableció la economía feudal más simple, en la cual el dinero desempeñó en un principio un papel muy pequeño.

El alfabeto y la literatura

Uno de los avances logrados en la Edad del Hierro, que tuvo gran importancia para el surgimiento de la ciencia, fue el de la vulgarización del **alfabeto** fenicio común —elaborado con base en los